

blemente sabía tanto sobre las Antillas como cualquier otro norteamericano en quien se pueda pensar. Había viajado extensamente por la región, especialmente por las partes más remotas que rara vez visitaban otros viajeros; había conocido a muchos de los jefes de Estado y figuras prominentes; y estaba bien versado en la historia del área. Nadie conocía tan bien la situación contemporánea de los caribes —por más que eso fuera cuestión de escasa importancia en la década de 1890— y pocos eran los que poseían conocimientos más confiables de su historia y de la historia del colonialismo español con la que aquélla se hallaba entrelazada. En cierto sentido, sin embargo, esto convertía a Ober en un personaje atípico: después de 1898, cuando la corriente literaria sobre los antillanos de habla hispana se volvió un torrente, él se veía cómo una voz secundaria, un aficionado que fue desplazado por el fácil saber de los economistas, sociólogos y otros individuos que se consideraron expertos y que se dedicaron a analizar las atrasadas islas que habían caído en manos de los Estados Unidos.

COMENTARIOS

Rolena Adorno

El examen de Peter Hulme sobre los escritos de Frederick Albion Ober (1849-1913) —norteamericano de la Nueva Inglaterra— acerca de los antillanos nativos, suscita una pregunta importante: ¿cómo fue que la historia española del siglo XVI respecto a Colón y las Antillas pasó a formar parte de la historia narrativa de los Estados Unidos? Desde finales del siglo XVIII, uno de los principales canales fue la historia pública, es decir, la producción de relatos históricos para consumo de las masas, a través de rituales comercia-

les y políticos.¹ Otro de estos conductos fue la creación de una

¹ Michel-Rolph Trouillot (1990) estudia el lugar que ocupó Colón en la historia pública, durante las conmemoraciones que tuvieron lugar en Estados Unidos, desde las primeras festividades colombinas de 1790-1792, hasta la Exposición Colombina Mundial de 1893. Esta fue la que más celebró a Colón y lo convirtió en “la envoltura de un extravagante bazar yanqui”, descontextualizando al Colón histórico. Una vez aislado, fue convertido (y esto de manera un tanto irónica desde la perspectiva de los magnates que promovieron la Exposición) en símbolo de los “inmigrantes al gran crisol [norteamericano]” (pp. 14, 16). Veremos un similar alejamiento del contexto en los relatos sobre Colón del siglo XIX.

literatura nacional en los niveles erudito, pedagógico y popular. Uno de los ejemplos prominentes lo constituye la tradición norteamericana de los historiadores hispanófilos del siglo XIX (y de manera más destacada Washington Irving y William Hickling Prescott), quienes entre las décadas de 1820 y 1840 convirtieron las fuentes documentales de la historia española en grandes relatos caballerescos y de aventuras. En la segunda mitad de ese siglo salió a relucir el legado de Colón en la educación pública, a través de la enseñanza de la historia norteamericana.² Durante el período que abarca de 1885 a 1915, al que el nonagenario escritor e historiador Irving A. Leonard ha denominado la “Edad de Oro” de los relatos de aventuras para jóvenes, los temas de la historia española, desde los descubrimientos de Colón hasta la reciente Guerra Hispano-cubano-

norteamericana, lograron introducirse en la literatura juvenil.³

³ Irving A. Leonard, entrevista personal del 7 de mayo de 1994. Basándose en sus lecturas de setenta o más años atrás, Leonard ofrece un testimonio único en cuanto a la importancia que tuvo la ficción histórica en la literatura juvenil de los primeros años de este siglo.

El ejemplo más prominente, tal como lo sugieren los recuerdos de Leonard (entrevistas personales del 5 y el 7 de mayo de 1994) y como lo confirma el estudio realizado por Deidre Johnson, es el del escritor Edward Stratemeyer y la fábrica de producción de libros seriados que fundó alrededor de 1905, denominada el “Sindicato Stratemeyer”. Antes de crear este grupo sindicado, Stratemeyer ya había producido diecinueve series juveniles en múltiples volúmenes; más tarde, y mediante el uso de “plumas alquiladas”, sacó a la luz otras 82 series para muchachos, muchachas y niños. La designación que hace Leonard del período 1885-1915 como la “Edad de Oro” de las historias de aventuras para muchachos, coincide con el apogeo de Stratemeyer en el terreno de la redacción de ficción histórica. Habiendo comenzado en 1896, poco antes del estallido de la Guerra Hispano-cubano-norteamericana, Stratemeyer prosiguió con ese género hasta 1909; y durante ese tiempo, “no basta con decir que su ficción histórica simplemente se desarrolló, sino que explotó” (Johnson, pp. 6-7, 68).

Tal como lo señala Johnson (p. 69), a principios de siglo la atención de Estados Unidos se centró en la Guerra Hispano-cubano-norteamericana, que se presentó como “una espléndida guerrita” que se ganó fácilmente sin mucho derramamiento de sangre por parte de los vencedores, que a Estados Unidos le proporcionó una Armada más vigorosa y “el inicio de un imperio colonial en forma de islas desparramadas por el Pacífico... rebosante de posibilidades para empresarios y escritores” que “prosperaban al alinearse con la gran ideología expansionista norteamericana de la época..., sublimando la lucha y la política con fáciles satisfacciones emocionales”.

² Hacia 1860, la meta de las escuelas públicas mantenidas a través de los impuestos ya había quedado establecida en la mayor parte de los estados; y en la década de 1880, la convicción de que el poder de la educación podía regenerar a la sociedad vino a remplazar al “objetivo del conocimiento” de décadas anteriores mediante la nueva meta educacional de la producción de buenos ciudadanos. Ya en 1900 eran obligatorias en alrededor de 20 estados aquellas asignaturas tendientes a fomentar el patriotismo y la buena ciudadanía —entre las que figuraba de manera muy prominente, la historia de Estados Unidos; en 1917, casi todos los estados poseían leyes que incorporaban la historia en los planes de estudios de las escuelas públicas (Pierce, *Public Opinion*, pp. 13-14, 45).

Casi simultáneamente, la historia de Colón fue canonizada en los libros de texto de las escuelas públicas y parroquiales, a lo largo y ancho de la nación.⁴ De manera algo

Los relatos de las campañas de Cuba y de las Filipinas que recordaba Leonard deben haber sido *Under Dewey at Manila; or, the War Fortunes of a Castaway* (1898), *A Young Volunteer in Cuba* (1898) y *Fighting in Cuban Waters* (1899), todos ellos de Stratemeyer. Aun cuando los héroes de estos libros (tres hermanos) regresan a Estados Unidos al final de *Fighting in Cuban Waters*, lo que sugiere que Stratemeyer tal vez hubiera decidido terminar allí la serie, éste vuelve a utilizar la Guerra Hispano-cubano-norteamericana como telón de fondo en los volúmenes iniciales de su serie "Bandera de la libertad" (1899-1902) en la que los hijos de ciertos hombres de negocios quedan atrapados en la guerra mientras trataban de atender los intereses comerciales de sus padres en Cuba y las Filipinas (Johnson, pp. 70-72).

Leonard pasaba sus veranos de Yale trabajando como camarero en un lugar de veraneo de los Montes Catskill donde la clientela era principalmente de "cubanos dueños de plantaciones de azúcar que habían prosperado vendiendo el producto durante la Primera guerra mundial". Las oportunidades que ofrecían los nuevos territorios estadounidenses adquiridos tras la Guerra Hispano-cubano-norteamericana, determinaron que después de graduarse se trasladara a las Filipinas como empleado de un negocio de importaciones y exportaciones llamado *Pacific Commercial Company* (TePaske, pp. 235-236).

⁴ A la vez que el Día de Colón pasaba a ser festejado en varios estados ya desde las primeras décadas del presente siglo, a causa de las "lecciones de carácter y de buena ciudadanía que se debían aprender de las vidas de los líderes y héroes norteamericanos", Colón aparecía en los libros de texto de historia y alcanzaba prominencia particular en aquellos elaborados para las escuelas católicas romanas, tales como la obra de Charles H. McCarthy titulada *The History of the United States for*

similar al cruce del río Delaware de George Washington, la navegación de Colón por el mar Caribe pasó a formar parte de la historia estadounidense anterior a 1776.

Con el fin de comprender este proceso, analizaremos brevemente la obra de Frederick Albion Ober titulada *The Last of the Arawaks: A Story of Adventure on the Island of San Domingo* (1901). Situada en 1899, el relato cuenta la historia de dos jóvenes que buscan un tesoro en la isla, y que en la novela son descritos como "oriundos de Nueva Inglaterra, norteamericanos por derecho de nacimiento y con un muy buen linaje de ancestros" (Ober, p. 85). En el transcurso de sus aventuras, Art y Hart Strong salvan a la cacica y al pueblo de Xaraguá (provincia aislada y edénica de la isla de La Española) del pasado colonial español y de su presente criollo; esto es, conforme al análisis que hace Hulme, los salvan de su sociedad criolla de mezclas raciales y de la amenaza siempre presente de la intensificación de sus mezclas. (En esta novela, la Anacaona histórica de finales

Catholic Schools (1919) (Pierce, *Public Opinion*, pp. 61-62); en su prefacio, el autor manifestaba que en su historia "quedaba claro que fueron los católicos quienes descubrieron y, en gran medida, exploraron estos continentes; que fueron los católicos quienes trajeron aquí la civilización; quienes abrieron al comercio de Europa el intercambio del Pacífico; y quienes emprendieron la conversión de multitudes de nativos de piel oscura, pocos de los cuales habían ascendido a los estadios superiores de la barbarie" (citado en Pierce, *Public Opinion*, p. 177).

del siglo XV ha sido trasladada, mediante una combadura del tiempo, a finales del XIX; borrando así cuatrocientos años de historia colonial española en la provincia de Xaraguá y reemplazando al hermano del Almirante, Bartolomé Colón, por Art y Hart Strong, además de desplazar el encuentro original de Anacaona con el hombre blanco, de 1496 a 1899).⁵

The Last of the Arawaks les ofrecía a los jóvenes lectores norteamericanos una parábola sobre la forma de hacer el bien y prosperar. El casto comportamiento de Art y Hart hacia las adorables jóvenes arawakas corresponde a una norma de moralidad personal más puritana que caballeresca, y postula un modelo neocolonial ideal en el que la relación productor-cliente no se ve mancillada por otros vínculos. Una vez que han salvado a los últimos arahuacos de su enemigo externo (el colonialismo español), así como de sus enemigos internos estereotípicos (el paganismo y la concupiscencia), Art y Hart conservan a los arahuacos para sí, pues son invitados a “quedarse para siempre”, en tanto se encuentren a gusto. Su

logro es decididamente norteamericano y progresista, y no español y caballeresco, porque en vez de llevar a cabo una misión ordenada de antemano (el tema del rescate caballeresco que señala Hulme), aprovecharon una oportunidad que se les presentó sobre la marcha y, al tomarla, les hicieron un bien a los indios, a la vez que ellos mismos se beneficiaban. Como veremos, la oportunidad sale a relucir como uno de los principales temas que caracterizan al Colón y a sus Antillas angloamericanizadas. La novela de Ober oculta un fenómeno intercultural más complejo bajo el decoroso encuentro entre los jóvenes blancos de la Nueva Inglaterra y los nativos de las Antillas, que se despliega para la edificación de los jóvenes lectores norteamericanos. Tras el relato de cómo los jóvenes perdidos en tierras extrañas debieran comportarse, ha tenido lugar otro encuentro: el encuentro del escritor norteamericano de finales del siglo XIX con los temas históricos hispánicos y las recientemente consolidadas tradiciones literarias norteamericanas. Hacia el final de *The Last of the Arawaks*, Ober (p. 359) admite implícitamente que tal encuentro ha ocurrido, cuando ornamenta el relato de sus muchachos con la declaración de Anacaona: “Yo y mi pueblo los consideramos a ustedes como enviados por el cielo...”.

Con esta manifestación se repite el conocido motivo colombino de que en 1492 los nativos de las Ba-

⁵ Ober, p. 306; Las Casas, Vol. 1, p. 441; libro 1, cap. 114. La narración de Anacaona la hizo originalmente Bartolomé de las Casas en la *Historia de las Indias* (libro 1, caps. 113-114, 116, 169; libro 2, cap. 9) y desempeña un papel mínimo en la *Vida del Almirante* de Hernando Colón (cap. 84), cuyo tratamiento de Xaraguá se centra en la rebelión de Francisco Roldán y en el gobierno de Ovando (caps. 75, 77-79, 81, 83, 84, 87, 105).

hamas creyeron que los europeos eran dioses, tal como quedó registrado en la "Carta de Descubrimiento" de Colón, del 15 de febrero de 1493, misiva dirigida a Luis de Santángel, encargado de los fondos para los gastos personales del rey de Aragón.⁶ Ober incluye esta resonancia de la leyenda más antigua acerca del encuentro europeo-antillano, en la promesa del joven Art Strong de utilizar el antiguo tesoro de los arahuacos para comprar tierras y proporcionarles a Anacaona y su pueblo libros, escuelas y oficios con el fin de "elevarlos, en general, en la escala de la civilización". De este modo, Ober reemplaza el significado espiritual que frecuentemente se atribuye al relato original de Colón, por los conceptos seculares de progreso que profesaban los angloamericanos.

⁶ Entre los primeros comentaristas de Colón, la expresión "gente del cielo" tendía a ser interpretada como "gente que ha bajado del cielo", en el sentido cristiano. Sin embargo, entre los observadores de primera mano, o entre los lectores especialmente agudos, se interpretaba etnográficamente, sin connotaciones espirituales, y se entendía como "gente (u objetos) que había llegado de un lugar desconocido", es decir, de los cielos. Tal es la explicación que da Alvar Núñez Cabeza de Vaca (f55v) en su relación de 1542, de la fallida expedición de Pánfilo de Narváez, acerca de las creencias de los indios: "Y entre todas estas [gentes] se tenía por muy cierto que veníamos del cielo, porque todas las cosas que ellos no alcanzan ni tienen noticia de donde vienen, dicen que vienen del cielo". Para una exposición sobre estas diferentes interpretaciones de los primeros tiempos, véase Adorno ("*Negotiation*", pp. 183-184, 197 n. 57).

El proceso de traducción cultural que transformó la historia documental de Colón en relatos de aventuras para los jóvenes escolares norteamericanos comenzó con la obra de Washington Irving, *Life and Voyages of Columbus* (1828). Quisiera explorar la perspectiva que allí expresa Irving (1783-1859), a quien de manera tan familiar se llama el "primer hombre de letras norteamericano", ante los puntos de vista del letrado William Hickling Prescott (1796-1859), nacido en el estado de Massachusetts.⁷ Estos hombres, y sus sucesores tales como Frederick Ober y el magnate de la literatura juvenil Edward Stratemayer, concibieron y dieron forma a la historia antillano-colombina orientándola al lector estadounidense, contribuyendo así a colocar a los nativos y a las Antillas descubiertas por Colón en el imaginario norteamericano.

Paralelamente a la ficción popular sobre la cual Peter Hulme llama la atención, se encuentran los libros de texto de la historia norteamericana que surgieron en la educación pública y parroquial a principios del presente siglo, y que circularon hasta bien entrada la década

⁷ Junto con William Cullen Bryant, James Fenimore Cooper y Edgar Allan Poe, Washington Irving dió inicio a medio siglo de desarrollo literario que logró hacer "verdaderamente nativa" a la literatura norteamericana, "poniendo en sus libros buena parte de Estados Unidos" en la era de la democracia jacksoniana y del movimiento literario romántico que prosperó gracias a las escenas y personajes nativos ("*Literatura de principios del siglo XIX*", *Encyclopaedia Britannica*, Vol. 13, p. 415).

de 1920. Estos representan uno de los resultados finales del esfuerzo realizado en el siglo XIX por incorporar a Colón y a las Antillas en la historia angloamericana. El papel de la Guerra Hispano-cubano-norteamericana fue decisivo en esta formulación, así como también lo fue el hecho de que el trabajo iniciado por Washington Irving fuese completado por los esfuerzos interpretativos de dicha guerra para los niños en edad escolar. Así, Colón y las Antillas pasaron a formar parte no sólo de la herencia cultural, sino también del derecho económico por nacimiento y del destino comercial de los Estados Unidos.⁸

⁸ Irving A. Leonard, cuyas experiencias y cuya perspectiva quedaron conformadas por los legados de la guerra Hispanoamericana, nos ofrece valiosos testimonios. Nacido en 1896, de niño oyó hablar mucho acerca de esa Guerra y leyó narraciones de aventuras sobre las campañas que tuvieron lugar en Cuba y en las Filipinas. A este respecto, Leonard (entrevista personal del 7 de mayo e 1994) mencionaba las obras de Edward Stratemeyer y su equipo de escritores que produjeron los relatos de la Guerra Hispano-cubano-norteamericana. Leonard (TePaske, p. 235) atribuye a estas lecturas el desarrollo de su interés por la historia y la cultura hispánica e hispanoamericana; y las consecuencias de la guerra parecen haber sido decisivas para la consolidación de su interés por lo español en años posteriores.

El hecho de que Leonard atribuya su temprano interés en el mundo hispánico a sus lecturas de juventud sobre la Guerra Hispano-cubano-norteamericana, nos invita a tomar seriamente la pregunta que Hulme ha planteado en cuanto a la importancia de la literatura juvenil durante el período de posguerra. Los vívidos y pormenorizados recuerdos que guarda Leonard de esas lec-

El antecesor de Prescott, a este respecto, fue Washington Irving; y si aquí los yuxtaponemos es con el fin de considerar la naturaleza de la narrativa que desarrollaron y que tanta influencia ejerció.

Prescott nos coloca de lleno en el terreno de la historiografía hispanó-

turas sugieren que si bien hoy percibimos una gran separación entre la literatura erudita y las historias de aventuras populares, tal abismo no existía en la misma magnitud para los escritores y lectores del siglo XIX y sus herederos. Las fronteras entre la cultura popular y la de la élite literaria no se hallaban claramente definidas en la literatura juvenil de la "Edad de Oro" de Leonard, época en la que un público lector cada vez más amplio se desplazaba con facilidad desde los relatos de aventuras para jóvenes, a la historia para adultos.

Ya como historiador, Irving Leonard siguió el modelo de la prosa académica de Prescott. Ya por su mismo título, la obra que Leonard publicó en 1949, *Books of the Brave: Being an Account of Books and of Men in the Spanish Conquest and Settlement of the Sixteenth Century New World* [Los libros del conquistador] evoca los temas heroicos a los que dieron vida Irving y Prescott, y que fueron popularizados por escritores tales como Edward Stratemeyer y Frederick Ober. En *Books of the Brave*, Leonard concebía la aventura española como caballerescas, no sólo argumentando que el espíritu caballeresco animaba la imaginación de los conquistadores, sino también empleando los tópicos literarios del valor caballeresco —así como el lenguaje de la ideología expansionista del siglo XIX— para dar marco a su asunto. Al describir la era de las conquistas españolas en el Nuevo Mundo como una "gloriosa época de aventuras", y la misión de España como la "tremenda empresa" de "la europeización del globo", Leonard (pp. 119, 141) hace evidente el vínculo imaginativo que existe entre el Colón de Irving, el Hernán Cortés de Prescott, los Art y Hart Strong de Ober, y su propio conquistador permeado por el romance.

fila angloamericana, con su énfasis en la descripción colorida de las grandes hazañas de conquista, guerra y diplomacia. Para transmitir la emoción de la historia heroica, Prescott (Vol. 1, p. 217) —al igual que otros de su época— empleó los temas de las novelas de caballería, llegando a denominar de una manera algo extraña los grandes descubrimientos marítimos “caballería oceánica”; del mismo modo que describía la “vida del caballero” como un “romance puesto en acción”, y que festejaba un “caballeresco espíritu de empresa” que extendió el “progreso del descubrimiento” desde la Bahía de Honduras hasta el Río de la Plata. El concepto que tenía Prescott del servicio a los demás (espíritu caballeresco) y del servicio a los intereses propios o nacionales (empresa) constituye la amalgama de tradición e innovación peculiar a la literatura histórica y de aventuras del siglo XIX.⁹

⁹ Cuando Prescott entró en escena, ya Irving era un historiador de considerable prestigio. A pesar del hecho de que a Prescott se le cita a menudo por sus elogios de Washington Irving en *History of the Reign of Ferdinand and Isabella the Catholic* (1838), en la que califica a la historia de Colón como “el monumento más noble” que hasta ahora se haya erigido a la memoria del Almirante (citado en McElroy, xc), en cierta medida difería de Irving en cuanto a la forma de escribir la historia española de América. Mientras elaboraba su historia de la conquista de México y escribía sus notas del 21 de marzo de 1841, Prescott (citado en Ticknor, p. 187) reflexionaba sobre el hecho de que el libro *Life and Voyages of Columbus* de Irving, aunque hermoso, resultaba “en su totalidad, cansador

Puesto que Prescott enfatizaba los episodios narrativos capaces de crear un impacto dramático y ofrecer suspenso, le molestaba el empleo del lenguaje descriptivo de Irving.¹⁰ Aun cuando Prescott lamentaba la falta de colorido al comienzo de su *Conquest of Mexico* (“La forma en que se pinta el escenario al inicio, admitiría el oficio de Irving”), a final de cuentas opinaba que en tanto que el estilo de Benjamin Franklin “hubiera podido aceptar más ornamentos”, el de Washington Irving se las hubiera podido arreglar

para el lector”. Según Prescott, la falla estaba en parte, en el tema mismo. Esto es, por más que el descubrimiento del Nuevo Mundo era “un tema magnífico en sí, lleno de sublimidad e interés”, concluía de todos modos con el descubrimiento, que ocurría “antes de agotarse la mitad del primer volumen”.

Como lector, Prescott no lograba sostener su interés en las Antillas de Irving, una vez que Colón ya había llegado y efectuado su conquista. Aun cuando para su gusto la historia de la conquista de México era inferior a la historia de Colón en sus orígenes (la desobediencia de Cortés a las órdenes de Velázquez), la consideraba un mejor tema porque sus acontecimientos eran grandiosos y poseía la fuerza para retener el interés de los lectores, ya que el momento catastrófico se posponía y porque estaba llena de aventuras peligrosas (citado en Ticknor, p. 187).

¹⁰ Los dones de Prescott como estilista, a menudo se han exagerado, según David Levin (pp. 38,43), quien analiza las modestas virtudes de aquél, como un elegante equilibrio, cadencias y claridad frecuentemente sublimes, mientras que entre sus defectos menciona los epítetos vagos (un ejemplo de éstos podría ser la “caballerosidad oceánica”), una dicción desmañadamente elevada, una falta de moderación al expresar sentimientos fuertes, una tendencia al empleo del cliché y una manera de contar repetitiva o innecesaria.

con menos" (citado en Ticknor, pp. 195, 223). Personajes tales como la regia y heroica Anacaona no ejercían fascinación alguna sobre Prescott, para quien el héroe tenía que ser europeo; después de todo, Cortés triunfó sobre un Moctezuma "pusilánime" en *The Conquest of Mexico*.¹¹ Dejando aparte las críticas de Prescott, sin embargo, Irving logró colocar a Colón y a las Antillas en la mente de los lectores norteamericanos, a pesar de que el primero (Prescott, citado en Ticknor, p. 187) menospreciara la narración de Irving sobre el dominio colonial en las "islas insignificantes" entre "salvajes".

De un modo controversial, Washington Irving marca la génesis de la historia colombina en las tradiciones literaria e histórica de los Estados Unidos, debido al uso que hace de la colección fundamental de documentos colombinos que publicó por aquel entonces el director de la Real Academia Española de la Historia, Martín Fernández de Navarrete.¹² Navarrete (Vol. 1, pp. lxxiii-

lxiv) consideraba que la publicación de los documentos colombinos estaba íntimamente relacionada con la defensa de "los derechos del trono y la gloria nacional" de España.¹³ De manera similar, también Irving aducía una justificación patriótica para su propia actividad. Si bien en su época la postura que adoptaba (escribir historia imperial y colonial española como antecedente de la de Estados Unidos) era sólo implícitamente polémica, su carácter potencialmente contencioso se iba a hacer realidad en la literatura norteamericana de finales del siglo, al concluir la Guerra Hispano-cubano-norteamericana, cuando ya las pretensiones norteamericanas sobre

el encargo real por parte del rey Carlos IV para revisar los archivos y bibliotecas de España con el propósito de crear un museo y una biblioteca públicos sobre la historia naval española. Una vez reunidos los documentos que se hallaban en repositorios reales y privados, Navarrete pasó a dedicar su atención al Archivo General de las Indias, en 1793. Cuando se nombró a Josef de Vargas y Ponce para que escribiera una historia naval general española, a Navarrete se le encomendó la "coordinación y publicación de nuestros antiguos viajes"; y prosiguió este trabajo, hasta terminarlo, a pesar de la invasión napoleónica (Navarrete, Vol. 1, pp. lix-lx, lxii-lxiv).

¹³ Escribía para "reclamar lo usurpado, apoyar la verdad y la justicia, sellar los labios a la maledicencia, y manifestar las sofisterías de la deslealtad y de la ambición; y, en fin, para arrancar la máscara a ciertos escritores venales que con apariencias de filosofismo contribuyen a difundir y sostener la corrupción de las costumbres de este siglo". Polémico y claramente patriótico, el proyecto de Navarrete fue considerado lo suficientemente importante por parte del rey, como para ser impreso por la imprenta real (Navarrete, Vol. 1, p. lxiv).

¹¹ David Levin (p. 21) argumenta que Prescott resolvió el problema moral que le planteaba la relativamente alta civilización de los aztecas recalando el salvajismo de éstos y también sus características "orientales" de religión "sensual", gobierno "despótico" y sus gobernantes "afeminados".

¹² La publicación de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV* (1825-1837), de Martín Fernández de Navarrete, fue un acontecimiento que marcó hitos para el estudio de España en América. El proyecto comenzó cuando en 1789 Navarrete recibió

las Antillas no eran meramente literarias.

La biografía de Colón redactada por Washington Irving fue aceptada como la definitiva en lengua inglesa durante seis o siete décadas tras su publicación en 1828 (McElroy, p. xvii). Contrariamente a lo que Irving sostuvo posteriormente, ese esfuerzo se llevó a cabo un poco por accidente, y no a causa de un interés inicial en la materia.¹⁴ No obstante, sí percibió claramente las ventajas que presentaba el tema como ejercicio cívico. Manifestó que su materia era “de una índole tan interesante y nacional”, que convenía mejor a sus talentos —y a su país— el escribir una historia narrativa, en vez de recurrir a la traducción de documentos, como originalmente tenía pensado hacer (Irving, Vol. 1, pp. vii-viii). Indudablemente, debido a su valor patriótico y a su colorida

prosa, la obra *Life and Voyages of Columbus* completó la transformación de Irving, quien de un “brillante aficionado dentro de la tradición de *gentlemen* del siglo XVIII”, pasó a ser “uno de los principales historiadores de la época” (McElroy, p. xviii y n. 4).¹⁵

En Estados Unidos, el impacto de la obra de Irving fue inmediato, gracias al hecho de que coincidió con el interés que se estaba desarrollando por la figura del descubridor durante las décadas que siguieron a la fundación de la Tammany Society o la Columbian Order de Nueva York, en 1789, así como con las primeras celebraciones colombinas (el Tercer Centenario de 1790-1792) (Trouillot, pp. 7, 8 n. 12).¹⁶ La publica-

¹⁴ El colapso de las fuertes inversiones que Irving había realizado en Sudamérica ocasionó, según palabras del propio Irving, una “catástrofe” que hizo que 1826 fuese para él “un año de desastre financiero generalizado” (McElroy, p. xix). Sus infortunios económicos y la subsecuente necesidad de ganarse el sustento, una invitación casual por parte de Alexander Everett en el sentido de que se trasladase a Madrid con el fin de traducir los documentos referentes a Colón, el desaliento de Irving ante la montaña de material documental con que se topó a su llegada, la idea original de Obadiah Rich en cuanto a hacer una biografía en vez de una traducción, y el hecho de que John Murray, el editor londinense de Irving, se rehusara a avalar la traducción propuesta, fueron factores, todos ellos, que conspiraron para que Irving se decidiera por el proyecto biográfico (McElroy, pp. xviii-xl).

¹⁵ La primera edición apareció simultáneamente en Estados Unidos e Inglaterra en 1828; en ese mismo año se publicó en Inglaterra la segunda edición, mientras que en Estados Unidos esa reedición salió a la luz en 1831 (Irving, pp. 573-574). La biografía de Colón convirtió a Irving en un escritor profesional muy productivo, y hacia finales de 1830 esa obra le trajo grandes honores de las instituciones cívicas y de eruditos de España y de Gran Bretaña. Se le nombró miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Historia, recibió una medalla de oro por excelencia académica de la Real Sociedad Inglesa de Literatura, otorgada en nombre del rey Jorge IV, y la Universidad de Oxford le confirió el doctorado *honoris causa* (McElroy, pp. xviii, lxxxv).

¹⁶ Hay valoraciones encontradas. En tanto que Peter Antelyes (p. 46) afirma que la *Life and Voyages of Columbus* se vendió bien pero no alcanzó “los elogios deslumbrantes, populares o de la crítica, de sus éxitos anteriores”, John McElroy (p. xvii, n. 1) recalca el fuerte atractivo que tenía Colón para los norte-

ción de Irving respondía a los intereses cívicos de muchas instituciones públicas, así como a los de aquellos artistas que se iban a poner al servicio de ellas. Con la esperanza de recibir el encargo de crear una pintura de tamaño mural de “La primera entrevista de Colón con Fernando e Isabel”, para el Capitolio estadounidense, el pintor norteamericano Washington Allston (1779-1843), amigo de Irving, apostó a que la nueva biografía haría las veces de catalizador y le propuso el proyecto al presidente de la Cámara de Representantes, G.C. Verplanck, en una carta fechada el 29 de marzo de 1830. Allston (citado en Flagg, p. 237) encontraba en el libro de Irving “magnificencia, emoción, y de todo; el triunfo mismo de la ‘materia’ para exigir el esfuerzo de las facultades de un pintor. El anuncio y la prueba del nacimiento de un Nuevo Mundo”. Allston no podía concebir otro asunto que de manera más categórica “pertenciera a Estados Unidos y a su historia, que el triunfo del descubridor del Continente. Nosotros, los que ahora gozamos de las bendiciones de su descubrimiento, no lograremos, por más que hagamos, colocarlo a la debida altura de esa historia, que sin él jamás hubiera sido”. En la opinión de Allston, “el hermoso trabajo de Irving ha colocado a éste en el sitial del Genio que se alza por encima de la aún fresca y, espe-

americanos de principios del siglo XIX y, por extensión, el que poseía la obra de Irving.

remos, inmortal fuente de nuestra literatura nacional...” (citado en Flagg, p. 237). Aquí, Allston propone que *Life and Voyages*, de Irving, se considere la piedra angular de una literatura nacional estadounidense, y que al propio Colón se lo tome como el modelo del deber patriótico. Su declaración señala la rápida descontextualización de Colón que han emprendido los lectores de la historia de Irving, para ya no hablar de la que efectúa el propio Irving.

Washington Irving, al igual que después lo harían Prescott, Ober, Stratemeyer y Leonard, convirtió la aventura española en el Nuevo Mundo, en una notable narración angloamericana.¹⁷ Al tiempo que capta la imaginación de su lector al inventar un soliloquio que ocupó la mente de Colón desde las 2 de la

¹⁷ Antelyes estudia tres de las obras de Irving posteriores a *Life and Voyages*, tocantes al Oeste norteamericano (*A Tour on the Prairies* [1835], *Astoria, or Anecdotes of an Enterprise Beyond the Rocky Mountains* [1836] y *The Adventures of Captain Bonneville* [1837]) como ejemplos de cuentos de aventuras. Antelyes (p. 3) enlaza el concepto de aventura con el del expansionismo como modelo de la conducta humana y señala su asociación explícita con la empresa económica, desde el primer uso que en inglés se hizo de aquella expresión en el siglo XV, cuando la palabra “adventurer” (aventurero) se refería específicamente a los riesgos financieros que se corrían con el transporte oceánico de mercancías. Tal como aquí queda demostrado, el enfrentamiento de Irving con la ventura empresarial databa de antes de su regreso a Estados Unidos en 1832 y, de hecho, había guiado la conceptualización de sus trabajos anteriores sobre Colón y las Antillas.

mañana del día 12 de octubre en que se avistó tierra, hasta el amanecer, Irving (Vol. 1, p. 152; libro 3, cap. 4) pinta a un Colón decimonónico que se encuentra al borde del descubrimiento —y que se halla ante una oportunidad.¹⁸ En primer lugar, el Colón de Irving sabe que ha tenido éxito: “El gran misterio del océano se había revelado; su teoría, que había sido escarnecida por los sabios, quedaba triunfalmente demostrada; se había asegurado una gloria tan duradera como el propio mundo”. Ahora sólo se adelantaba a la revelación de lo que le esperaba:

¿Habría llegado a alguna isla salvaje en los confines del Océano Indico? ¿O se trataba de la propia Cipango, la famosa, el objeto de sus fantasías de oro? Mil especulaciones de esta índole deben haber bullido en su mente, mientras, junto con sus ansiosas tripulaciones, esperaba a que terminara la noche; preguntándose si la luz del día revelaría unos yermos salvajes, o caería sobre boscajes de especias y brillantes santuarios, y doradas ciudades, y todo el esplendor de la civilización oriental (Irving, Vol. 1, p. 153; libro 3, cap. 4).

¹⁸ No obstante, las oportunidades que imaginaba Irving para Colón eran las mismas que preveía para sí mismo y para otros inversionistas norteamericanos de principios del siglo XIX.

Con gran sutileza, Irving injerta en las narraciones, para las cuales se basaba en Hernando Colón y Bartolomé de las Casas como fuentes, una conceptualización norteamericana de la historia colombina del Nuevo Mundo, basada en el espíritu de empresa personal, substituyendo los objetivos económicos e imperialistas del siglo XVI por el nuevo orden capitalista y neocolonial decimonónico. Irving se refiere al propósito de Colón (“encontrar una ruta occidental hacia la India”) como su “gran proyecto de descubrimiento” y, por lo común, lo llama la “empresa” del Almirante, con lo cual subraya el carácter económico de su proyecto.¹⁹

A pesar de que escribe sobre el plan de Colón de rescatar el Santo Sepulcro, Irving no logra identificar con certeza la génesis del proyecto y sitúa su origen en diciembre de 1489, esto es, unos cinco años después de que tratara, por vez primera, de “obtener el patrocinio real para su empresa” ante la corte del rey Juan II de Portugal.²⁰ Y aun

¹⁹ Véase, por ejemplo, Irving, Vol. 1, p. 47 [libro 1, cap. 4], p. 57 [libro 1, cap. 6], p. 63 [libro 1, cap. 6].

²⁰ Irving, Vol. 1, pp. 63-64 [libro 1, cap. 6]. Habla de la vaguedad con la que aparece en los escritos de Colón y lo asocia con sus expectativas de grandes riquezas: “Alentado por la idea de la vasta riqueza que ahora iba a obtener, hizo el voto de reunir un ejército, en el término de siete años... para el rescate del Santo Sepulcro” (Irving, Vol. 1, p. 269; libro 5, cap. 6). En esta misma ocasión (Vol. 1, p. 268; libro 5, cap. 6), Irving da prioridad a la ganancia económica por encima de la evan-

cuando el plan de rescate demostrara que Colón era, según manifestaba Irving (Vol. 1, p. 270; libro 5, cap. 6), “devoto y heroico”, que no “mercenario y egoísta”, el restablecimiento del control cristiano sobre la tumba de Jesús no dejaba de ser una aventura más, en el terreno militar y caballeresco, orientada a la conquista de los infieles y a la expansión del dominio territorial. El logro de Irving es el de enlazar el algo tardío impulso caballeresco de Colón, con el esquema del gran descubrimiento. Esta visión se encuentra bien establecida en vísperas de su viaje de 1492, ocasión en la cual Irving (Vol. 1, p. 125; libro 3, cap. 1) nos presenta al Almirante meditando sobre la “grandeza y solemnidad de su empresa”.

El cambio principal en la interpretación de Irving fue disminuir el énfasis en la misión cristiana (es decir, la católica y romana) y su celo evangelizador, y remplazarla por una silenciosa perspectiva protestante cuyas preocupaciones por la prosperidad eran decididamente seculares.²¹ El soliloquio de Colón se

gelización (en su entrevista de 1493 con Fernando e Isabel): “Todos estos [objetos] los declaró meros presagios de incalculables riquezas para los dominios de sus majestades, y de naciones enteras de prosélitos en la fe verdadera”.

²¹ Quizás por no examinar minuciosamente la *Life and Voyages of Columbus*, Antelyes (p. 167) afirma que para Irving “en la mente de Colón, el proyecto [de encontrar una ruta directa a la India] era esencialmente religioso”. Al contrario, tal como aquí lo vemos, Irving inclina los intereses de Colón hacia lo secular.

lleva a cabo sin ninguna invocación a Dios; y de manera similar, Irving (Vol. 1, p. 158; libro 4, cap. 1) dió una interpretación secular al motivo de los “hombres llegados del cielo”, vertiéndolo a “seres maravillosos” que habitaban los cielos. A finales de siglo, Frederick Ober haría lo mismo, al atribuirles a Anacaona y a su pueblo el concepto de que Art y Hart Strong habían venido del cielo para enseñarles “cómo vivir lo mejor” que pudieran.

El relato que hace Irving de la cacica Anacaona (y que probablemente fue la fuente de la historia que narró Frederick Albion Ober) pone de manifiesto los ajustes que se requieren para situar la trama española del siglo XVI en una narración norteamericana de unas cuantas décadas posteriores al Tercer Centenario. El relato de Irving respecto a la provincia de Xaraguá, de la isla de La Española en la época del Adelantado Bartolomé Colón (hermano del Almirante), y del gobernador Nicolás de Ovando, de 1496 a 1503, es relativamente sencillo.²² Frente a un trasfondo paradisiaco (Vol. 2, p. 157 [libro 11, cap. 3]; p. 437 [libro 17, cap. 2]), Irving cuenta la historia de una grande y generosa reina que —al igual que hacen muchos escritores trágicos—

²² La narración que hace Irving de la conquista y colonización de Xaraguá, desde la llegada de Bartolomé Colón en 1496 hasta el atroz asesinato de Anacaona en 1503, se encuentra en el libro 11 (caps. 1, 3, 5), el libro 12 (caps. 1-3, 7) y en el libro 17 (caps. 1,2) de *Life and Voyages*.

es representada como alguien que ocasiona su propia destrucción. Es decir, la cacica concibió afecto por un joven español que se llamaba Miguel Díaz “y lo había inducido a atraer a sus compatriotas hacia esa parte de la isla” (Vol. 2, p. 139; libro 11, cap. 1).

A final de cuentas, Nicolás de Ovando llega a gobernar La Española, y el repartimiento se convierte en “una fuente de intolerables penurias y opresión para los infelices nativos, aspectos que contribuyeron grandemente a su exterminio” (Vol. 2, p. 213; libro 12, cap. 4). Habiendo sido alguna vez el orgullo de la isla y la generosa amiga del hombre blanco, Anacaona pasaba ahora de la amistad a la execración absoluta de los extranjeros (Vol. 2, pp. 429-430; libro 17, cap. 2). Bajo la sospecha de que fraguaba una matanza, por más que los “historiadores nada nos digan que sustente tal creencia”, Ovando atrapó a las élites nativas de la isla y las quemó vivas (Irving, Vol. 2, p. 431; libro 17, cap. 2). Anacaona fue encarcelada, juzgada y mandada ahorcar (Irving, Vol. 2, p. 435; libro 17, cap. 2). Irving hace la reflexión de que “la humanidad se aparta con horror de tales atrocidades” y piensa que Las Casas (que es la fuente de Irving) “puede haber dado un fuerte colorido a los acontecimientos, conforme a su indignación usual..., no obstante la escena debe haber sido sanguinaria y atroz” (Vol. 2, p. 434; libro 17, cap. 2). Irving (Vol. 2, p. 437; libro 17, cap. 2) llega a la conclusión de que: “Tal es la

historia trágica de la deliciosa región de Xaraguá y de su gente amable y hospitalaria. Un lugar en el que los europeos, según sus propios relatos, encontraron un paraíso perfecto, pero el cual, por sus bajas pasiones, llenaron de horror y desolación”.

Estas declaraciones han inducido a los críticos a hablar del “lascasianismo” de Irving, por cuanto éste adopta una vigorosa postura en favor de los indígenas. Ésta sería una condición necesaria, pero insuficiente, para definir la perspectiva de Irving como tal, y el criterio palidece ante la indiferencia que muestra Irving para con el principio fundamental de Las Casas: la insistencia en la conversión de los indios a la cristiandad por medios pacíficos, como única meta de la misión imperial de España (Adorno, “Los debates”, pp. 60-63). Si Las Casas condenó a sus compatriotas cristianos tachándolos de hipócritas y asesinos, Irving los condenó por no haber estado dispuestos a efectuar una tutoría capitalista responsable, o por haber sido incapaces de lograrla. Tras la Guerra Hispano-cubano-norteamericana, Frederick Ober iba a dramatizar lo que aquí Washington Irving anticipa al condenar a los europeos; ambos autores desempeñan un papel en la historia de salvaguardar las Antillas para los norteamericanos.

De este modo, el paso más importante que dió Irving al apropiarse de Colón para la historia estadounidense, fue el de su secularización. En su descripción de la provin-

cia de Xaraguá, por ejemplo, no hay más que una sola referencia a la misión cristiana, y ésta ocurre en el penúltimo capítulo, el que precede al asesinato de Anacaona (Vol. 2, p. 426; libro 17, cap. 1).²³ En la narración que hace Washington Irving de la historia de los españoles en la provincia de Xaraguá, y que ocupa varios capítulos —desde la invitación de Anacaona a los hombres de Miguel Díaz, hasta su ejecución por parte de Ovando—, esta única referencia a la evangelización es desapasionada y carente de colorido, limitándose a una directiva del monarca al subordinado. Esta referencia contrasta vivamente con los dramáticos sermones y arengas de Las Casas en *La historia de las Indias*, para no mencionar la notable cantidad de apasionados tratados y memoriales que escribió sobre la necesidad de una evangelización pacífica. Washington Irving vertió su prosa más apasionada en las evaluaciones que hizo de la tiranía y la destrucción españolas; no hizo suya, en absoluto, ninguna parte del potente clamor de Las Casas dirigido a la salvación de las almas indígenas y

²³ Ovando se quejaba de que, después que Bobadilla liberó a los indios en 1502, éstos se negaban a trabajar en las minas y, además, “ahora se mantenían distanciados de los españoles y de toda instrucción en la fe cristiana”. Como respuesta, los soberanos le ordenaron a Ovando en 1503 que “no escatimara esfuerzos para ganar a los nativos para la nación española y la religión católica”; a los indios se les tenía que pagar lo justo y se les debía “instruir en la religión, en ciertos días” (Irving, Vol. 2, p. 426; libro 17, cap. 1).

que contenía la amenaza de que España perdiera las Indias. En vez de ello, Irving secularizó la intervención española en Xaraguá, y la modeló a manera de una empresa primordialmente económica.

Las libertades que se tomó Washington Irving nos instan a preguntarnos qué evaluación hicieron los académicos españoles de la época, de su narración de la historia de la conquista. Entre los lectores más importantes de Irving, el propio Navarrete ofrece un extenso comentario en su prólogo al tercer volumen de la *Colección*, publicado en 1829. Pone allí de manifiesto las tensiones que se producen al crear relatos históricos a partir de los documentos sagrados de la historia.²⁴

²⁴ Elogiaba a Irving por “su estilo animado, puro y elegante” y por “el examen de varias cuestiones en que luce siempre la más sana crítica, la erudición y el buen gusto”. Consideraba que Irving ejercía influencia y que era leído por un amplio público, que felizmente era ajeno al campo de los enemigos europeos de España que desde el siglo XVI habían tratado de mancillar la fama histórica española (Irving, Vol. 1, p. xi; Navarrete, Vol. 3, p. xiv). Irving citaba el comentario de Navarrete, tanto en el original en español como en su traducción al inglés, en las ediciones de 1849 de *Life and Voyages*, como respuesta implícita al ataque que había recibido de un joven abogado de Maryland que se llamaba Severn Teackle Wallis (1816-1894), quien lo acusaba de haber plagiado el trabajo de Navarrete (Irving, Vol. 1, pp. xi-xii; McElroy, pp. xc, 575). Irving señalaba (Vol. 1, p. x) en su prólogo de 1849 que desde su primera edición había admitido que Navarrete constituía la base de su trabajo y que en sus notas a pie de página citaba incesantemente la *Colección* de Navarrete.

La sin par Anacaona de Washington Irving, aunque mujer, —imperturbable, siempre generosa, siempre clemente— representaba todo aquello que Navarrete temía. En el retrato de Irving (Vol. 2, pp. 140, 436; libro 11, cap. 1, libro 17, cap. 2) ni siquiera su calidad de salvaje la excluía de la perfección, ya que ella y su pueblo eran “más suaves y con más donaire en sus modales que el resto de los isleños”, y “su gracia y belleza le habían ganado renombre

Aun cuando Navarrete (citado en Irving, Vol. 1, p. xi) elogiaba la obra de Irving por la “extensión, imparcialidad y exactitud que la hacen muy superior a las de los escritores que le precedieron”, terminaba su evaluación (Vol. 3, p. xiv) con la esperanza de que Irving, con la ayuda de los nuevos documentos que ahora se publicaban, corrigiera las afirmaciones y opiniones que aún carecían de “aquella certidumbre y puntualidad que se requiere para acercarse a la perfección”. Dado que las fuentes más comúnmente citadas por Washington Irving eran Hernando Colón (155 citas) y Las Casas (151 citas) (McElroy, p. lxx), resultaría sencillo descartar la crítica de Navarrete diciendo que se origina en su percepción de la excesiva dependencia de Irving en Las Casas. Sin embargo, Navarrete (Vol. 1 p. 71) había evaluado la *Historia de las Indias* como el trabajo más importante de Las Casas, y le había asignado un lugar especial como fuente histórica de los muchos documentos originales que Las Casas transcribió o compendió en su obra con precisión. Navarrete ponía su fe en la recolección y publicación de documentos para lograr la evaluación equilibrada requerida por la verdad histórica. Por ello, le asignaba a Las Casas un lugar prominente en la historiografía de las Indias sobre bases que él hubiera podido establecer para sí mismo: la presentación de documentos fielmente transcritos que hicieran posible que otros escribiesen las hazañas de los españoles en el Nuevo Mundo (Navarrete, Vol. 3, p. xv).

por toda la isla, y habían suscitado la admiración de los salvajes y de los españoles por igual”. La propia Xaraguá era un “cuadro de vida salvaje en su perfección de goce ocioso e ignorante”.²⁵ Resulta claro que las perfecciones que ofrece el mundo de la ficción reinaban en la Xaraguá de Irving, en tanto que Navarrete (Vol. 3, p. xi) alertaba contra los maravillosos efectos de la poesía que halagaban la imaginación en detrimento de la labor del historiador orientada a iluminar la razón del hombre. Cual si se tratara de una respuesta a lo que Irving imaginaba como la maravillosa vida salvaje de que gozaban los nativos de Xaraguá, Navarrete (Vol. 3, p.xi) aconsejaba: “Para esto debe el historiador respetar discretamente las costumbres y descubrir el vicio para honrar la virtud”.

Con tales preocupaciones en mente, Navarrete regresaba al comentario ya mencionado sobre la *Life and Voyages of Columbus*, de Washington Irving, en el que indirectamente criticaba la ficcionalización del yanqui llamándolo “litera-

²⁵ Irving (Vol. 2, p. 157; libro 11, cap. 3) hace la siguiente loa: “Los problemas que distraían a las otras partes del ferviente Haití, no habían llegado a los habitantes de esta placentera región. Vivían entre hermosas y fructíferas arboledas, en los linderos de un mar aparentemente siempre tranquilo y no perturbado por las tormentas; tenían pocas carencias, y éstas se satisfacían rápidamente; parecían haberse emancipado del sino común del trabajo, y daban la impresión de que su vida transcurría como en un solo día de fiesta que nada interrumpía”.

to", y no historiador. Así, por medios implícitos y explícitos, Navarrete lamentaba que su *corpus* documental hubiera hecho posible el desarrollo de las tendencias ficcionalizadoras que su publicación intentaba frenar.

Además del hecho de que Irving haya idealizado a Colón como un emprendedor al estilo angloamericano y de que haya contribuido a la cristalización de ese tópico literario, también se le puede inculpar junto a otros por haber introducido en la tradición anglosajona el lugar común de la crueldad y la tiranía españolas. A comienzos del siglo XX, el cliché de la brutalidad colonial española había pasado a ocupar un sitio propio en la ficción juvenil, en la historia popular y en los libros de texto escolares. A pesar de los cuatro siglos de historia española en las Antillas, de manera irónica el Cuarto Centenario colombino y la Guerra Hispano-cubano-norteamericana contribuyeron a amalgamarlos en un sólo paradigma monolítico y a-histórico. Y si en la tercera década del siglo XIX Washington Irving concibió a un Cristóbal Colón como el patriarca de un panteón de héroes norteamericanos, la guerra de fin de siglo hizo posible que los estadounidenses creyeran que los descendientes de quienes Colón originalmente había conquistado y colonizado, necesitaban su protección. Así, se puede trazar una línea bastante directa que vincule al Colón de Washington Irving con la substancial progenie que éste dejó en la ficción

popular y en los libros de texto escolares de las primeras décadas del presente siglo.

Tanto en el terreno de la ficción como en el de los hechos, a finales del siglo XIX los norteamericanos estaban dispuestos a tomar el poder en el Caribe en el lugar donde ellos imaginaban que los descubridores españoles lo habían abandonado, sin que importaran cuatrocientos años de colonialismo español. El giro irónico del gesto postrero que ofrecieron los libros escolares y los cuentos de aventuras para los jóvenes, está en que estos textos daban su aprobación a los mismos principios y tácticas de expansionismo que repudiaban en el caso de los españoles. Así, al mismo tiempo que los libros de texto reiteraban posturas en el sentido de que el sistema colonial español negaba la libertad religiosa y política (Pierce, *Civic Attitudes*, p. 4), la Doctrina Monroe pasaba a ocupar el lugar retórico de la guerra justa en el siglo XVI. Es decir, el control de Estados Unidos sobre las dependencias que adquirió tras la Guerra Hispano-cubano-norteamericana quedaba articulado, en los libros de las escuelas públicas, a manera de conferir "tanto autogobierno como los pueblos fuesen capaces de ejercer; y ver que su participación en el gobierno se incrementara tan rápidamente como fuese posible" (Pierce, *Civic Attitudes*, p. 166).

Estas declaraciones de Estados Unidos acerca del gobierno de los "nativos" antillanos de principios del

siglo XX, suenan notablemente semejantes a las del defensor español de las conquistas, Juan Ginés de Sepúlveda, en su obra *Democrates alter* (1545), en la cual teorizaba la necesidad de gobernar a los nativos de las Indias Occidentales y de permitirles la libertad de autoregulación, sólo conforme se fueran civilizando cada vez más: "A éstos [los indios] les es beneficioso y más conforme al Derecho natural el que estén sometidos al imperio de naciones o príncipes más humanos y virtuosos [que aquéllos que ellos poseen], para que con el ejemplo de su virtud y prudencia y cumplimiento de sus leyes, abandonen la barbarie y abracen una vida más humana, una conducta más morigerada y practiquen la virtud"; de esta manera, y con el transcurso del tiempo, al irse haciendo más civilizados y al dedicarse más a las buenas costumbres y a la fe cristiana, se les debía tratar con "más libertad y liberalidad" (Sepúlveda, pp. 22, 120; véase Adorno, "Los debates", pp. 52-62).

De manera similar, los libros de historia que se utilizaban tras la Primera guerra mundial, describían en forma típica la Guerra Hispano-cubano-norteamericana diciendo que ésta había ayudado a los cubanos contra la tiranía de la política colonial española, "por el bien de la humanidad"; solamente algunos señalaron que se hallaban en juego intereses económicos estadounidenses y que los protectorados como el de Cuba se creaban para "evitar confu-

sión en las cuestiones de negocios" (Pierce, *Civic Attitudes*, pp. 6-8, 110, 166).²⁶ La necesidad de proteger a los débiles y angustiados del mundo, que pasó a formar parte de la retórica de Estados Unidos al surgir este país como potencia mundial tras la Guerra Hispano-cubano-norteamericana, aparecía en los libros de texto que lo describían como "generoso de espíritu en sus relaciones con pueblos más débiles" y como "benefactor de la humanidad" (Pierce, *Civic Attitudes*, p. 255). Los muchachos ficticios de la literatura juvenil que de esta manera se convirtieron en los herederos del Colón de Washington Irving, quedaban salvados por partida doble de la responsabilidad histórica —en primer lugar, como extranjeros que no eran "españoles ni tiranos", y luego como jóvenes inocentes que enmascaraban las espinosas cuestiones que se hallaban sobre el tapete, ocultando la explotación empresarial cual si se tratara de una mera aventura de juventud.

En los libros escolares estadounidenses fue un Colón extranjero, no español, el que se convirtió en el prototipo de los héroes norteameri-

²⁶ Charles McCarthy, el autor de libros de historia católicos minimizaba el objetivo humanitario de Estados Unidos, al declarar en su *History of the United States for Catholic Schools* que "nuestro país se interesaba por Cuba a causa de su ubicación justo frente a nuestras costas, y más tarde porque nuestra gente había invertido su dinero en las minas, ferrocarriles y plantaciones de aquel país" (citado en Pierce, *Civic Attitudes*, p. 7).

canos de las Antillas. La yuxtaposición del héroe individual frente a las masas a las que se debía proteger pasó a ser uno de los rasgos de la mitologización de la historia norteamericana mediante el Colón de Irving y el Cortés de Prescott. Ambos articularon el deber del patriotismo con la emoción de la oportunidad. En el relato de Irving, Colón aprovechó la oportunidad, en vez de desempeñar su deber; creó un orden donde ninguno existía. Prescott vio en el Cortés de México a un hombre a quien se le presentaron oportunidades de otra índole: la de deshacer el salvajismo de una civilización compleja, y la de reformar las costumbres de los aztecas. Tal como observaba Levin (p. 24), el Cortés de Prescott era un "hombre progresista,... transformado por la oportunidad".

Si Irving creó al individuo heroico como agente histórico, Prescott trazó una línea alrededor de éste y lo hizo representar la propia historia. Y si Irving ofreció al Colón estadounidense como una figura fundacional, Prescott, con su Cortés, consolidó el principio que yacía tras aquélla. Así lo hizo en la conquista de México, al proseguir su narrativa más allá de la caída de la capital y hasta la muerte de Hernán Cortés. Prescott (Vol. 1, p. x) admitía el riesgo narrativo que corría al hacer esto, al observar que se había "requerido todo el genio de Irving y el encanto mágico de su estilo para superar perfectamente" los efectos que tiene la prolongación de una narración tras

el desenlace prematuro de ésta, "en la cual las pequeñas aventuras por entre un grupo de islas constituyen la secuela de una vida que comenzó con el magnífico descubrimiento de un Mundo". Pero pasando de la historia a la biografía, Prescott (Vol. 1, p. xi) apelaba a la "historia personal del héroe que es el alma" de las grandes hazañas públicas. De esta manera, recurría a la "unidad de interés" que contenía su asunto, señalando que "cualquier lustre que la Conquista como logro militar pueda reflejar sobre Cortés, de todos modos no nos da más que una idea imperfecta de su espíritu iluminado y de su genio global y versátil" (Vol. 1, p. x).

Esta loa del individuo como el héroe esforzado y emprendedor, y no como vasallo al servicio de su rey, es lo que distingue a los historiadores hispanófilos del siglo XIX y a sus herederos. La idea de que un individuo podía llegar a representar una era agradaba a los historiadores y biógrafos estadounidenses de Colón y de Cortés para quienes estos pilares de la historia española podían ser extraídos de sus contextos nacionales e internacionales. La libertad para poderlo hacer así, les permitía a los historiadores de Nueva York y de la Nueva Inglaterra darse el lujo de moldear a estos personajes históricos de antaño, dándoles modelos que definieran el espíritu emprendedor de sus propias generaciones.

Muy alejados, hasta en la imaginación, del sentir que imperaba en

el siglo XVI, los autores hispanófilos norteamericanos reflejaban su propio interés en Latinoamérica y las Antillas, y no el interés histórico de la Corona española. Washington Irving, como se recordará, vino a escribir su *Life and Voyages of Columbus* como respuesta, en parte, al desastre económico que le ocasionó el fracaso de sus intereses en Sudamérica, en el campo de la minería. Despierta nuestra curiosidad el hecho de darnos cuenta de que el hombre que le dió a Estados Unidos la historia de un Colón dedicado a la libre empresa y la oportunidad fuese, por derecho propio, un inversionista en lo que ofrecía Latinoamérica en la década de 1820. Sin embargo, sigue en pie el misterio de qué sea lo que capte, a fin de cuentas, la imaginación de un escritor. En definitiva, quizás resultara más fácil entender la forma en que Co-

lón pasó a formar parte de la historia estadounidense, que el hecho de evaluar los orígenes de los intereses de algún individuo de otras épocas. En el caso de Washington Irving y de sus sucesores, una parte de la respuesta se encuentra en el poder peculiar de la narrativa —en la voluntad de convertir en relato aquello que Prescott (Vol. 1, viii; prefacio) denominó “las seducciones de la materia”. En última instancia, quizás, los relatos sobre España en América y en el Pacífico —en Cuba, en La Española, en “San Domingo” o en las Filipinas— revelan más acerca de la época en los Estados Unidos, que sobre España y las Antillas en 1498, o incluso en 1898. Es en este sentido que el planteamiento de Peter Hulme acerca de las implicaciones de la ficción para jóvenes de Frederick Albion Ober tiene su mayor resonancia.